

des estaba, tañendo con suave voz, comenzó á decir así :

De los bienes temporales,  
Humanos, habeis de dar.  
Los que os pretendis salvar.  
No huyais de la largueza,  
Hombres, con vuestros hermanos;

Que esta es la ley de cristianos,  
Dar socorro á la pobreza:  
No flicis de la riqueza,  
Que se tiene de acabar,  
Los que os pretendis salvar.

Como acabase la Largueza de responder á la Avaricia, luego comenzó á tañer y cantar la tercera doncella que representaba la Lujuria; y lo que decía era lo siguiente :

Yo de la carne soy hija,  
Regalo y contentamiento  
Del apetito hambriento.  
Yo tengo tanto poder,  
Que traigo el mundo tras mí,

Y él muy contento de sí  
Hace todo mi querer.  
Yo soy la que doy placer  
Con el vicio que sustento  
Al apetito hambriento.

Como acabó esta doncella de cantar, la cual representaba la Lujuria, luego la Castidad, virtud contra este pecado, cantando y tañendo le respondió desta manera :

Yo soy la que resplandece  
En pura virginidad;  
Y así guardo mi bondad.  
No pretendais, pecadores,  
Ser por la carne guiados;

Y si sois della tentados,  
Refrenad vuestros ardores,  
Poniendo vuestros amores  
En sola la castidad,  
Si quereis tener bondad.

Como acabó esta virtud de responder á la Lujuria, luego la cuarta doncella, que representaba la Gula, comenzó á tañer, y á decir desta manera :

Yo doy á comer manjares  
Con que levanto el sentido,  
Y á muchos vicios convidado.  
En mi mesa están sentados  
Todos los hombres del mundo;

Porque sabed que me fundo  
En tenerlos regalados:  
Dóiles carnos y pecados  
Con vino de amor cocido,  
Veis aquí cómo convidado.

Como la Gula acabó, la Abstinencia, cuarta doncella de las virtudes, contra este vicio comenzó á tañer y á responder lo que se sigue :

Yo puedo poner compás  
A los gustos excesivos  
Con manjares mas altivos.  
Estas comidas, mundanos,  
Son del cuerpo muerte dura;

Abstinencia es gran cordura,  
Sabedla guardar, cristianos,  
Que en los cielos soberanos  
Hallaréis consuelos vivos  
Con manjares mas altivos.

Como acabó esta virtud, luego la quinta doncella, que la Envidia representaba, vicio perverso en la humana naturaleza, comenzó á tañer y cantar así :

Por mi causa murió Abel,  
Y el mundo está carcomido  
De un deseo no entendido.  
De nadie sé bien decir:  
Mis ojos son envidiosos

Por riquezas deseosos  
Para comer y vestir;  
Nunca me suelo reír,  
Porque ocupó mi sentido  
En un ser nunca entendido.

En acabando de cantar este vicio, que representaba la Envidia, luego la quinta virtud, matador deste pecado, comenzó á tañer y decir desta manera :

En lo mas alto del cielo  
Tengo lugar y morada  
De victoria coronada.  
Quien de mí vive apartado  
No se salvará jamás;

Pues, hombre, mira que estás  
Muy metido en tu pecado:  
Venec tu cuerpo malvado,  
Porque el alma descuidada  
No puede ser coronada.

Como acabó de responder la Caridad al vicio de la Envidia, luego la sexta doncella, que representaba la Ira, en alta voz comenzó á tañer y cantar, diciendo así :

No puedo tener paciencia,  
Ni lo consiente razon  
Segun mi gran presuncion.  
Humanos, no consintais  
De nadie ser injuriados;

Que si no quedais vengados  
De la honra os abajais:  
Entonces gloria alcanzais  
Cuando busca el corazón  
Con ira la presuncion.

En acabando de hablar esta doncella, luego la sexta virtud, llamada Templanza, vencimiento de la Ira, comenzó á tañer y á responder desta manera :

Quien no supiere templar  
Su reloj mal concertado,  
Siempre vivirá en pecado.  
Es vicio de Lucifer  
El pecado de la ira,

Porque al ánimo le tira  
Su grandeza y merecer:  
Quien no quisiere entender  
Lo que merece el templeado,  
Siempre vivirá en pecado.

Como acabó la Templanza de contradecir la Ira, superbo vicio, luego la última doncella, que era la Pereza, comenzó á tañer y á cantar lo siguiente :

Yo soy la mas regalada  
Del mundo, y la mas querida,  
Y la menos entendida.  
Yo duermo en viciosa cama,  
Porque no me sé mover

Sino á cosas de placer  
Cuando la carne me llama;  
No voy pretendiendo fama,  
Sino reposo en la vida,  
Por no ser nunca entendida.

En acabando esta doncella, llamada la Pereza, luego la última de las virtudes comenzó á responder suavemente, tañendo y cantando desta manera :

Quien no mirare por sí  
En este vivir pequeño,  
Pasará su vida en sueño.  
Con divina diligencia  
El hombre busque el camino

Perfecto, santo y divino.  
Si pretende la clemencia:  
Quien deja la penitencia,  
Como el animal sin dueño  
Pasará su vida en sueño.

En acabando esta virtud, que Diligencia era llamada, contraria del vicio de la Pereza, de decir esta cancion, luego salió el Amor de entre las siete doncellas, las cuales todas se juntaron á una parte; y asimismo de entre las virtudes salió el Amor divino, y entre los dos comenzaron el siguiente razonamiento hablando el uno y respondiendo el otro; y el primero que comenzó fué el Amor humano diciendo desta manera :

AMOR HUMANO.

Yo soy el dios de Amor famoso y fuerte,  
Engendrado en la mar de aquella diosa  
Que Venus ha por nombre, tan alliva;  
Yo tengo gran poder sobre la tierra,  
Y veizo con mi mano, y doy heridas  
A todos los mortales cuando quiero;  
Pues estad muy alegres, mis hermanas,  
Y no tengais temor que nadie pueda  
Enojaros jamás; pues yo soy vivo,  
Y ando entre vosotras siempre armado.

AMOR DIVINO.

¿Qué dices, falso Amor? ¿por qué te alabas  
Con soberbia cruz sin entenderte?  
Responde, engañador: ¿de quién te fias,  
Pues todo lo que haces es sin tiento,  
Engañando las gentes con mil vicios?  
Pues, hombres, entended la maldad deste.  
Y volved vuestros rostros á mi rostro;  
Que yo soy el Amor santo y divino,  
Por quien venido Dios vino á la tierra  
A dar muerte á la muerte y destruíra;  
Y aquesta es la verdad, y así se crea;  
Lo oro es falsedad y gran mentira,  
Si es dicho del amor carnal, mundano.

AMOR HUMANO.

Yo soy vida y solaz del mundo triste,  
Y es grande mi poder sin ser vencido  
De ninguno jamás; mas antes venzo  
A todos cuantos quieren defenderse;  
A los reyes derribo de sus sillars  
Haciéndoles sentir amargos gustos;  
Yo hago á los fuertes ser muy flacos,  
Y levanto también los temerosos;  
En los campos estoy entre las flores,  
Y dentro de la mar hiero á los peces.  
En los bosques me hallo entre las peñas,  
Y en las selvas metido entre las aguas.  
Por mí cantan las aves mil canciones,  
Y van los animales dando gritos,  
Y lloran los pastores por las breñas  
Diciendo con suspiros mil cantares,  
Tornando su rudeza en alto estilo.  
Pues luego ¿quién se puede en esta vida  
Alabar como yo puedo alabarme?  
Ninguno, pues yo soy Amor humano.

AMOR DIVINO.

Yo destierro y deshago la mentira,  
Y levanto sin alas á gran vuelo  
A los hombres que justamente viven,  
Haciéndoles gustar divinas cosas.  
Aquello que prometo nunca falla,  
Y si una vez lo doy, jamás lo quito,  
Y soy santo, eterno, puro y fuerte;  
Por eso piensa Amor, que no eres nada,  
Y es poco tu valor lleno de engaños;  
Y así se ha de creer sin poner duda,  
Pues viendo la maldad que tanto reñia,  
Acordé de bajar con mis hermanas  
A dar aviso cierto de tal daño  
Que tú tienes sembrado por la tierra.

AMOR HUMANO.

Yo no tengo temor de cosa alguna;  
Hermoso y rico soy, en todas partes  
Mi nombre se conoce alegremente;  
A David le vencí con mi potencia,  
Haciéndole hacer cuanto yo quise;  
También á Salomon, siendo prudente;  
Lo mismo fué Sanson por mi vencido,  
Con todos los demás que son pasados;  
Pues mira cómo soy de eterna fama,  
Y así puedo llamarme poderoso.

AMOR DIVINO.

Y quieres igualarte, siendo ciego,  
Comigó, que en el ver al lince paso  
Y á todos cuantos ven lo que es posible?  
Por cierto, gran error es tu locura.

AMOR HUMANO.

No consiento si quiero que ninguno  
Me piense de usurpar mi señorío,  
Pues tengo posesion de tantos años;  
Por eso vuélvete muy prestamente  
Al lugar do partiste, si no quieres  
Que te hiera y lastime con mi flecha.

AMOR DIVINO.

No tienes tú poder para ofenderme;  
Es la tierra que pisas de otro dueño;  
Y en ella tengo yo entera parte.  
Los hombres son aquellos que no entienden  
La ganancia que está en mi escondida;  
Así que, pues no entiendes el sujeto,  
Yo quiero castigar tu falso intento.  
Por eso, falso Amor, ríndete luego,  
Que no puedo sufrir tu desmesura.

AMOR HUMANO.

¿Ay Amor! yo conozco tu potencia  
Y el gran poder que tienes en tus manos,

Yo me doy ante tí por muy rendido;  
No quieras pues de mí mayor venganza  
Que verme á tus piés tan derrocado,  
Lo cual nunca pensé jamás de verme.

A este tiempo, que el Amor divino hizo muestra de flechar el arco contra el Amor humano, él se rindió poniéndose por el suelo; y entonces el Amor divino llegóse á él, y quitándose una cadena de oro que al cuello traía, se la echó al Amor en señal de preso; y á este tiempo movieron las virtudes tañendo y cantando dulcemente contra los siete vicios; y ellos asimismo pareciendo que de las virtudes huían, asimismo tañendo y cantando, comenzaron á hacer hermosas mudanzas; y quitándose las cadenas que

á los cuellos traían, se las echaron á ellos, y, como que iban presos, con hermoso concierto de música se salieron del teatro, y así se dió fin á esta representacion. Luzmán y Belcaro se volvieron muy contentos de lo que se habia hecho. Pues así vido otras cosas Luzmán en Roma; y pareciéndole que ya era tiempo, acordó de irse á Nápoles, y despidiéndose de Belcaro que mucho sintió su partida, tomó la derecha vía de Gaeta, porque por allí determinó de hacer su camino y ver aquella ciudad; y así anduvo tanto que llegó á ella, y fuése á una posada de una honrada dueña, y ahí reposó algunos días descansando y viendo aquella ciudad. Y aquí da fin este quinto libro.

LIBRO SESTO.

Estando Luzmán en esta ciudad de Gaeta, vino á su noticia de un hombre natural morador della, llamado el rico Argestes, el mas extraño en la vida de cuantos por gran tiempo fueron mentados en extrañas costumbres. Pues deseando mucho hablar con él, procurólo con toda diligencia, y ocho dias anduvo que nunca pudo cumplir su deseo; porque este avariento, que tan rico era, jamás salía de su casa sino era las fiestas á oír misa, y luego se volvía á ella; y esto tan de mañana, que apenas era visto de todas gentes, porque huía de la conversacion de los hombres. Pues como Luzmán tanto lo desease, determinó de ir á su casa, y así lo hizo con una nueva astucia, y llamando á una puerta, se paró á una ventana una mujer vieja, y le dijo: «¿qué buscas, pelegrino, que tú eres el que ya otras veces aquí has venido? — Es verdad, respondió Luzmán, mas has de saber que yo no me puedo partir desta tierra sin hablar al señor Argestes. — No puedes, dijo la mujer ahora hablarle, espera cuando de casa salga, y allá le hablarás. — Si esperaré, dijo Luzmán, pues te digo que no me puedo ir sin hablarle; y sepas que es cosa de gran provecho suyo, y que mucho le va en hablar conmigo.» Argestes que escuchando estaba lo que Luzmán hablaba con su sierva, y oyó decir que era cosa de su provecho, púsose á la ventana, y dijo á Luzmán que le dijese lo que le queria. — Hazme abrir, dijo Luzmán, que es cosa que conviene decírtela á tí solo.»

Argestes entonces mandóle abrir, y Luzmán subió á una pequeña sala tan mal compuesta y pobre, que se maravilló, habiendo oido decir que este era el hombre mas rico que habia en cien leguas á la redonda; y era verdad, que pasadas de veinte arcas tenia llenas de moneda de oro y plata, porque su padre habia sido el mayor mercader que en gran parte se hallaba, y por tierra y por mar ganó grandes riquezas, el cual nunca compró heredades ni posesiones, sino todo cuanto podia era guardar dineros. No fué tan extraño como este su hijo, aunque fué muy miserable. Pues cuando Argestes se vió solo con Luzmán, cerrando él mismo su puerta se sentó sobre un banco, y hizo sentar á Luzmán, y dijole: «dime agora á lo que eres venido, y no tardes mucho, porque tengo que hacer. — Argestes, dijo Luzmán, has de saber, que yo no te vengo á demandar cosa ninguna; que aunque vengo en este hábito soy caballero, y traigo conmigo lo que he menester; mas es mi condicion andar á ver las cosas del mundo que mas extrañas son; y una de las que mas admiracion me han dado, fué oír decir de tí; pues siendo tan rico hombre, haces la vida del mas pobre y miserable que en la tierra hay. — ¿Quién te ha dicho á tí que yo soy rico? dijo Argestes, que no me tengo yo por tal, que para tan larga vida ¿qué se puede tener que no sea poco? — ¿Vida

larga llamas tú á esta, dijo Luzmán, pudiéndose acabar agora ó mañana, ó á lo mas largo veinte ó treinta años? — No hago caso deso, dijo Argestes, que mientras vivo menester he lo que tengo; pues vale mas que me sobre que no que me falte para pedirlo á ninguno. — Cómo estás tan solo? dijo Luzmán. A lo menos no tenías gentil casa como á tí conviene, y criados con quien pudieses vivir honrado? — Déjate deso, dijo Argestes, que para un solo hombre bástame esta casa; y esas galas y ricos paños nunca holgué con ellos, ni menos me agradaron criados, que ya sabes que son enemigos forzados, y con ellos viviera sospechoso, no sabiendo de quién me debiera fiar; y por no tener esa congoja y gastar con ellos mis dineros, me estoy de la manera que ves. — Pues di, respondió Luzmán, ¿cómo nunca te has casado? ¿No fuera buen tener mujer, y esa te regalara, diérate Dios hijos, á quien pudieras dejar lo que tienes? — Ya fuera muerto, dijo Argestes, si eso que dices hubiera hecho, ó estuviera tan pobre que nadie me conociera. ¿No sabes tú que las mujeres cada dia buscan nuevas galas, extrañas invenciones, y nunca se contentan? Después desto, la congoja de sus parientes, sin otras que ellas saben acarrear al hombre; pues hijos, no desean otra cosa sino la muerte de sus padres, por gastar en un dia cuanto ellos han guardado y ganado en muchos años; yo te digo que no quiero otra mujer ni hijos, ni criados, sino son aquellos que oyes dar gritos por salir donde yo estoy.»

Decía esto el avariento Argestes, porque tenía cuatro feroces perros, los cuales le guardaban su casa, y á la sazón los tenía encerrados y ladraban fuertemente. Luzmán, maravillado de tan desventurado hombre, le replicó diciendo: «¿cómo puede ser que á lo menos no tengas amigos, que me dicen que no los tienes? — ¿Para qué los he menester, dijo Argestes, pues ellos muchas veces hacen ser pobre al hombre? ¿Quién sería mi amigo, que no fuese por engañarme ó pedirme de lo que tengo? Y si lo diese, desharía mi hacienda, y vernía á ser pobre; y si no les quisiere dar, serian mis enemigos, y así desta manera no tratando con ninguno, estoy como Neron cuando dijo que no tenía amigo ni enemigo. — Hanme dicho, dijo Luzmán, que jamás ninguno te ha visto reír: ¿de qué puede venir tan extraño extremo? — Pues ¿por qué quieres que me ría, dijo Argestes, que no tengo ningun contentamiento sino es cuando esos pocos dineros que tengo los menea con estas manos, y me revuelvo algunas veces en ellos, revolviendo mi rostro por el oro y plata que tengo? Allí hablo con ellos, y formo mujer y hijos, parientes, amigos y criados, y fuera de allí no es en mi mano dejar de llorar, porque no tuve tantas riquezas que pudiera con ellas sembrar los campos, y que me quedarán muchas mas, de ma-

nera que lo que tocara fuera moneda de oro y plata. — Por cierto, Argestes, dijo Luzmán, que bien dijiste al principio cuando te llamaste pobre; que cierto lo eres, pues lo que tienes no es tuyo, mas eres tú sujeto á tu riqueza; acuérdate de la muerte, que yo me acuerdo que siendo mozo lei un dicho de un sabio, el cual tocaba acerca de tu vida, y quiérotelo decir. — Di, dijo Argestes, que pues he tenido paciencia para oírte tanto como me has dicho, también la terné para oír lo que mas me dijeres. » Luzmán comenzó á decir los siguientes versos, pensando que con el estilo de la poesía y su suavidad le traería á entenderse y á conocer algo á Dios, doliéndose de su ánima, los cuales decían así :

En la sagrada Escritura,  
Donde nuestra fe se sella  
Por manera de figura,  
Dice Dios hablando en ella  
Del rico y su desventura,  
Y es que Lázaro pidió,  
Limosna al rico avariento,  
Y el triste no se la dió;  
Antes con maldito intento  
Soberbios perros le echó.  
Sucedió al desventurado,  
Sin valerle la riqueza,  
Sus vestidos ni grandeza,  
Que fué muerto y sepultado  
Dentro en la infernal tristeza.  
De allí los ojos alzó  
Cercado de crudo afán  
Y á Lázaro puesto vió  
En el seno de Abrahán,  
Al cual llorando pidió,  
Sola una gota le diese  
De agua para beber,  
Con que el fuego deshiciera  
De su crudo padecer.  
Lleno de tierno interés,  
Pero nunca le fué dada,  
Porque no la merecía,  
¡ Oh muerte nunca acabada  
La que este rico sufría  
En el fin de su jornada!

Así tú debes mirar  
Que esas riquezas que tienes  
En la tierra han de quedar,  
Y esos miserables bienes.  
Mas presto te han de matar.  
Procura de despendellos  
Con obras de caridad;  
No pongas el alma en ellos,  
Cata que no es cristiandad  
Adorarlos ni querellos.  
Reparte con los cuidados,  
Casa las pobres doncellas,  
Libra los encarcelados,  
Porque aquestas son centellas  
Que destruyen los pecados.  
Procura sacar captivos,  
Visita los hospitales;  
Que con estas obras tales  
Hallarás tesoros vivos  
En las cumbres celestiales.  
Busca la conversacion  
De buenos y religiosos,  
Mutanda la condicion,  
Con amigos virtuosos  
Ensanchando el corazón.  
Procurate de casar,  
Que es virtud tener mujer  
Y podrás hijos tener,  
Y así podrás alcanzar  
Dos victorias en un ser.

« Ves aquí, Argestes, cómo por estos versos que aquí te he dicho, los cuales siendo mozo aprendí, puedes claramente ver que si no obras en la vida con caridad del ánima, dando limosnas y haciendo que debes, perderás el ánima; así que, yo te ruego vuelvas sobre ti tomando en esto mi consejo, el cual no te lo doy porque deje de creer que á ti te falta; mas muchas veces los hombres yerran por no mirar en ello, y mas tú, que tan falto eres de quien te pueda aconsejar, no teniendo amigos ni leales criados, ni mujer ni hijos; ruegote que me perdones, que como cristiano te lo digo, y no movido por interés. » Argestes, que muy atento estuvo á estas últimas palabras y mirase á Luzmán al rostro, por el cual le corrían algunas lágrimas salidas con el celo y caridad de hombre en quien había gran virtud, dióle en el corazón una gran vuelta, á manera de gran confusion, y sintiendo en sí esta mudanza, respondió á Luzmán: « yo te digo, amigo, que nunca pensé, que hombre jamás pudiera emlandecer mi costumbre y estraña vida; y verdaderamente me has abierto los ojos del entendimiento con tus palabras, y conozco que he estado ciego, y que agora de nuevo veo mi perdicion y la brevedad de las cosas mundanas, y así quiero mudarme y hacerme otro de lo que hasta aquí he sido; que yo creo que tú no eres hombre sino ángel, que en forma humana á mi casa has venido. » Y como esto dijo, comenzó á verter muchas lágrimas. Luzmán, que vió tan breve mudanza en un hombre que tantos años había vivido sin entender á sí, ni conocer á Dios, muy alegre se levantó y se fué á Argestes con los brazos abiertos, diciendo: « no me agradezcas á mí, señor Argestes, lo que pretendes hacer, sino á Dios, que ha querido mirar lo que te convenia para salvarte; y ruegote que este buen propósito lo ejecutes, para que des muerte á tu primera vida, cobrando otra mas nueva con la cual vivirás para siempre. » Argestes le abrazó diciendo: « tú verás que haré yo lo que me has aconsejado, y ruegote de mi casa no te vayas por algunos dias, hasta tanto que veas cómo comienzo á ser nuevo sembrador de obras. — Haré cuanto tú quieras, dijo Luzmán. »

Pues habeis de saber que tanto pudieron las virtuosas

razones de Luzmán, que Argestes luego por su consejo se pasó á una gentil casa, y tomó de la ciudad hijos de hombres pobres y escuderos honrados, y se comenzó á tratar noblemente, haciendo muchas limosnas, y se casó con una noble doncella, aunque pobre; y edificó un monasterio entre dos peñas, que hasta hoy vive, llamado la Trinidad de Gaeta, y le dejó mucha riqueza; asimismo compró grandes posesiones y rentas para un hijo que tuvo, y sacó muchos cautivos, de manera, que en veinte años que vivió hizo tales cosas que gran fama alcanzó por toda Italia; y todo esto por el consejo de Luzmán, donde se da á entender cuánto puede la conversacion y compañía de un bueno, y el consejo cuando es dado por hombre virtuoso que no pretende humano interés; y así Argestes dejó de ir por el camino de la perdicion y volvió á hacer tales obras, con las cuales se puede creer salvarse. Fué puesta grande admiracion en la ciudad de ver lo que Argestes hizo, y cada dia hacia, mudándose de colérico y triste en alegre y contento, hablando con todos, y repartiendo su hacienda; y sabiendo que Luzmán había sido la causa, toda la ciudad le hizo gran honra, y á memoria suya edificaron un lugar llamado el Luzmano, y allí le retrataron al natural.

Aquí se detuvo tres meses, y á la partida, Argestes le daba tantas cosas ricas, que con ellas pudiera comprar gran renta; mas él no quiso tomar cosa ninguna, antes se despidió dél, dejándole ya casado, y de todos los nobles de la ciudad, y se metió en una fusta con determinacion de ir á Nápoles; y ya que iba á vista della, con un poco de tormenta, dió al puerto de Baya, que es junto á la ciudad de Puzol, tres leguas de Nápoles, y allí acordó de salir del mar y irse por tierra. Pues como anduviese, habiéndose desembarcado, mirando las peñas y cuevas que por allí había, vió entre dos peñas una á manera de cueva muy estraña y unos pescadores que allí junto estaban pescando. Como le vieron que miraba á aquella cueva, uno dellos le dijo: « ¿ qué miráis, hermano? ¿ Por ventura, vos venís á entrar ahí dentro como otros suelen hacer? » Luzmán le respondió: « no por cierto, que yo no sé nada en esta tierra; mas decidme ¿ qué hay aquí dentro que entran á ver los que aquí vienen? — Lo que hay ó no, dijo el pescador, no se sabe, salvo que llaman esta la cueva de la sabia Cuma: muchos quieren decir, que hay dentro grandes cosas de ver, mas no se sabe que ninguno haya podido entrar de cien pasos adentro. »

A Luzmán le vino gran deseo de ver esta cueva; y despidiéndose de los pescadores comenzó á entrar por ella. Pues habiendo andado por un camino escuro, como cien pasos, hallóse en un verde y hermoso prado, al rededor dél grandes peñas que le cercaban, y pasando por él entró por otra angosta senda, y no tardó que se halló en un hermoso patio labrado de singulares piedras, cubierto de hermosa madera labrada sotilmente y de fino oro dorada, y al rededor dél muchos aposentos. Pues estando así Luzmán maravillado de ver lo que veía, vió salir de un aposento una doncella vestida y tocada de muy blancos vestidos, y en la mano un bordon de plata. Maravillado Luzmán de verla, con grande acatamiento se le humilló, y ella le dijo: « bien seas venido, Luzmán, á esta mi cueva: gran virtud es la tuya, pues tuviste poder de entrar en ella, y así yo te quiero mostrar esta rica morada; y porque sepas quién soy, decírtelo he. Has de saber que es mi nombre la sabia Cuma, señora desta ciudad que Puzol se llama, hija del sabio Quircio, que en su tiempo ninguno le igualó, do después de su muerte, que habrá doscientos años, aquí me dejó encantada, dejando aquí pintados todos los hechos del mundo, así los pasados como muchos de los presentes, y aun algunos alcanzó de los por venir, siendo Dios servido de darle gracia, porque él fué muy buen cristiano, y pues te he dicho quién soy, entra agora y mira con tus ojos las cosas estrañas que aquí están. »

Luzmán estaba maravillado de lo que oía, y estaba pensando si aquello era sueño, y así comenzaron á entrar por aquellos hermosos aposentos, en los cuales estaban retratados los principes y hombres famosos del mundo, desde Noé hasta aquel tiempo; y al fin de todo le metió en una sala la mas estraña y hermosa de todas; y parándose la Cuma, sabia doncella, le dijo: « ¿ ves aquel rey, que tan poderoso parece? No pasarán muchos dias que reinará en tu patria, siendo él de ajeno reino, y en su tiempo será destruida la ciudad que agora se llama Granada, y vuelta á la ley de Cristo con otras ciudades y villas, y este reino vendrá en su poder. » Luzmán miró lo que Cuma le decía, y vió encima de su cabeza su nombre, y junto á él una reina hermosamente retratada: el nombre dél era Hernando y el della Isabela. Mas adelante estaba un rey mancebo junto á una reina, y al rededor dél las tres parcas. « Ves allí el verdadero sucesor que será en tu patria por la parte de aquella reina que allí ves con quien será casado; mas su vida será en breve cortada de aquellas tres hermanas, cortadoras de la vida del hombre. » Mas adelante estaba encima de un poderoso caballo otro rey, y delante dél una corona de emperador. La sabia Cuma le dijo á Luzmán: « este, que aquí ves, sucederá por derecha linea en España y será emperador, uno de los famosos y poderosos principes que habrá hasta su tiempo; y aquel animal que allí ves tan feroz será uno que se levantará en su tiempo, llamado la comun bestia; esta será destruida por los valerosos caballeros y altos hombres que en su tiempo habrá. » Mas adelante parecia estar sentado este mismo principe vestido de humildes paños, representando haber dejado la pompa y grandeza que tenia. La Cuma le declaró esto á Luzmán diciendo: « aquel que allí ves poderoso, cátao allí rendido al conocimiento de sí mismo, y esto es que renunciará sus estados y señoríos á aquel principe que allí ves armado de todas armas con el escudo verde y una Fe en él en señal que en su tiempo levantará la Fe, y destruirá á todos aquellos que fueren enemigos de la Fe. » Luzmán miró al uno y al otro, y vió que el emperador se llamaba Carlos, y su hijo Felipe: al rededor del cual estaba gran copia de caballeros.

Y mas adelante iba en un carro un mancebo ricamente vestido, acompañado de muchos caballeros: « quiérote decir, dijo Cuma, porque de aquí vayas con mas claridad y certidumbre que tú piensas: aquel que allí va, sepas que es un heredero que, deste rey que aquí ves tan famoso, sucederá en España, llamado Carlos, en cuyo tiempo habrá poderosos hombres, valerosos y esforzados, de justos y leales corazones, muy amigos de la ley divina, y celosos del servicio de su rey. » Parecian adelante asimismo retratadas muchas dueñas y doncellas, de quien la Cuma dijo grandes loores en la bondad, cristiandad y hermosura que en su tiempo habian de tener.

Tan embebecido estaba Luzmán en ver estas cosas que no se acordaba de otra cosa ninguna. La Cuma le dijo: « bien será que vengas un poco á recrearte, que basta lo que aquí has visto, » y luego se metió por una puerta y Luzmán con ella, y así le llevó á un jardin que su hermosura ponía admiracion, con tantos árboles de todas frutas, que no podian ser contados, y por cada parte muchas fuentes, dando las yerbas y flores suave olor; y á una parte dél estaba una pequeña cuadra ricamente obrada, y en ella un estrado de brocado carmesí con muchos cojines de lo mismo. La sabia Cuma, tomando á Luzmán por la mano le dijo: « penado Luzmán, sientate aquí, y reposa un poco, que por tu gran virtud gozas y ves lo que muchos no han podido ver; y porque sé que eres muy amigo de oír tañer y cantar, yo quiero por amor de tí hacerlo. — Mi buena señora, respondió Luzmán, he visto y veo tales cosas en este lugar, que me tienen admirado el sentido; y pues tú, señora, me quieres hacer tanto favor que te oya cantar y tañer, yo recibiré dello gran contentamiento. — Pues sién-

late, » dijo la Cuma, y él luego así lo hizo; y ella asimismo se asentó, y tomando una arpa que en aquel lugar estaba, comenzó á tañer con gran suavidad, y desde á una pieza que en ella tañó, estando Luzmán muy atento, comenzó á decir desta manera :

Yo digo que muy poco alcanza y estente  
En esta miserable y pobre vida.  
El hombre que presume ser prudente.  
En todo puso Dios peso y medida;  
Mediante su saber el hombre sabe  
En cosas que no sabe dar salida.  
Con fuerza y artificio va la nave:  
No solo son sus piés los duros vientos,  
Ni puede sin las alas ir el ave.  
Lijera cosa son los pensamientos;  
Caminan sin mudarse todo el mundo  
Y forman en el aire dos mil cuentos.  
No dejan de bajar hasta el profundo,  
Y luego sin moverse van al cielo  
Gozando lo primero y lo segundo.  
En todos los estados hay recelo.  
¡ Oh mundo miserable y tan amado,  
Por quien olvida el hombre el mas consueño!  
Camina el labrador tras de su arado;  
Perdiz le es la cebolla, el ajo y las algas,  
Y el tassaio, capon muy estremado.  
Conocen cómo crecen las espigas  
Del grano que sembró ya por la tierra  
Y tiene por descanso sus fatigas.  
¿ Qué es ser un pastorcillo en una sierra  
Decir con su zampoña mil cantares  
Que solo de los lobos tiene guerra?  
No desea haciendas ni lugares,  
Ni aquellos sobresaltos de congoja  
Que el mundo suele dar con mil pesares.  
Por codicia virtud su nombre alhoja  
¡ Oh brava diferencia y guerra cruda  
Que de sangre la tierra á veces moja!  
Mal va si la justicia está desnuda,  
Pues luego en ese punto viene el daño,  
Y el tiempo brevemente allí se muda.  
Unos matan á otros por engaño  
Huyendo la verdad, reina mentira  
Por un falso querer, horrible, estraño.  
El justo de dolor luego sospira  
Buscando piedad, mas no castigo;  
Mas el falso y traidor pretende ira.  
Apenas en el mundo hay un amigo,  
Ni el hijo tiene al padre amor perfecto  
Ni aun el hombre lo tiene al fin consigo.  
No reina lealtad; murió el secreto;  
La honra y envidia van triunfando,  
Teniendo mil malesales de su bando  
Formadas y engendradas de un sujeto.

A la suavidad con que la sabia Cuma tañó y cantó estos versos, el enamorado Luzmán, aquella hora acordándose de su señora Arbolea, vertiendo algunas lágrimas se adormió, viniéndole un pesado sueño, y pareciásele estando así durmiendo que se hallaba en España, en la ciudad de Sevilla, y que entrando por la puerta del Sol, que era aquella parte donde vivian sus padres y los de Arbolea, que topaba á un amigo suyo, y le preguntaba por nuevas de su señora, y él le respondía: « ya es casada, y si no lo es, está muy cerca de serlo », y pareciásele á Luzmán que aquello era así verdad, y con grande dolor comenzaba á llorar; y en este tan triste sueño estuvo el tiempo que Cuma quiso allí detenerlo; y cuando recordó, hallóse á la ribera de la mar cerca de donde se había desembarcado, sentado debajo de una peña. Pues como recordó, y allí se vido, levantándose miró á todas partes, y conoció claro que estaba fuera de la cueva, y acordándose de lo que había visto y soñado, entristeciése mucho, aunque tenia los sueños por vanidades; mas con todo le dió gran voluntad de volver á España por ver si su señora Arbolea era casada, y si lo fuese, irse á un lugar donde mas nadie le viese, y allí acabar su vida en servicio de Dios.

Los pescadores que le vieron entrar en la cueva le esperaron, y miraron por ver si saldria hasta otro dia á horas de comer, y maravillados desto, lo fueron á decir al gobernador de Puzol, el cual avisó al rey de cómo un pelegriño era entrado en la cueva de la sabia Cuma; y el rey le mandó tuviese gran aviso con saber cómo había sido, y si era verdad que era entrado, y tuviese cuenta si saliese, y que le hiciesen venir ante él. Pues estando Luzmán á la orilla del agua, queriéndose ir á Nápoles en alguna barca, llegó el gobernador, que por los pescadores conoció á Luzmán, los cuales con él venian, siendo aquel el noveno dia desde el punto que entró en la cueva. Pues Hegando á él le dijo: « amigo, en tu busca ando, dime si eres tú el

que entraste en la cueva de la sabia Cuma. — Si soy, » dijo Luzmán. — Pues el rey, respondió el gobernador, te desea ver: por amor mio, que te vengas conmigo, que seis días ha hoy que por aquí te ando esperando. — A mandamiento de tan alto hombre, dijo Luzmán, justo es no se ponga dilacion: vamos, que yo soy muy contento de ir en su presencia. » Pues así fué á Nápoles, y el rey le recibió muy bien, y Luzmán le contó grandes cosas segun las habia visto, y también le contó por ruego del rey quien era, y las otras grandes cosas que habia visto, las cuales por mandado del rey fueron escritas.

Detúvose Luzmán dos meses en Nápoles, esperando algún buen pasaje para irse en España. En este tiempo era muy honrado del rey don Alonso el Sabio y de todos los caballeros y principales de aquel reino, en especial del duque de Semenara, caballero mancebo cumplido, de muchas gracias, gran amigo del rey: este llevó consigo á Luzmán, y le tenia en su posada; llamábase Pompilo. Pues una noche le dijo: « en cuánto tiempo ha que estais aquí, señor Luzmán, no habeis visto una cosa que os queda por ver, de que mucho contento recibiereis; y estas, dos doncellas, hijas de una principal señora desta ciudad, tan hermosas que pocas igualan con ellas; son tan sabias y graciosas que traen á todos los que las pueden ver perdidos tras ellas; mas ellas son tales y tan buenas que no se dan por ninguno cosa ninguna, tan libres en amor que son llamadas las hermanas desamoradas; y yo alguna vez voy á visitarlas, porque de la una dellas anduve un tiempo muy enamorado, y viendo que era sembrar en tierra sin esperanza de fruto, beme olvidado. Esta á quien yo amaba tiene por nombre Vitoria, y la otra Esperanza; así que, si os parece y holgais dello, enviarles he á pedir licencia para que váyamos á verlas, y creo yo que por veros á vos holgarán dello. — Señor, dijo Luzmán, yo holgaré de lo que vos holgáredes, y mas por ver esas dos hermanas que yo las he oido nombrar, y dicennme que tañen y cantan maravillosamente. — Es gran verdad », dijo el duque, y luego llamó á un paje, y le mandó que fuese con aquel recado; y venido que fué, teniendo licencia, él y Luzmán se fueron juntos, y llegando á la posada de las dos hermanas, fué el duque dellas muy bien recibido, y á Luzmán honraron mucho, porque tenían nuevas dél, así de la mucha discrecion como en el habilidad de cantar y tañer.

Pues estando así asentados en buena conversacion dijo el duque á Luzmán: « veis aquí, mi buen amigo, las dos hermanas mas hermosas y mas crueles de cuantas hay en el mundo, á lo menos la señora Vitoria, que por llevarla ella de todos los hombres como la lleva á todas las damas, me ha dejado á mí sin ella. » Luzmán, que muy contento estaba de la hermosura destas dos doncellas, en especial de la de Esperanza, que algo se parecia á su señora Arbolea, respondió al duque diciendo: « verdaderamente, señor, no quisiera por muy gran cosa haber dejado de ver lo que al presente veo; mas poniendo aparte vuestra queja y mi contentamiento, quiero preguntar á la señora Vitoria, qué es la causa que así es descuidada, pues no ama ni precia á ninguno de cuantos la aman. » — Señor Luzmán, respondió ella, yo sí amo; mas es mi amor con el celo que debe de amarse la criatura hecha por Dios á su imagen; mas no para que yo pretenda esas locuras que los enamorados pretenden. — Señora, dijo Luzmán, no es locura ni amor malo el que ya atado para el servicio de Dios; á lo menos ¿no amarías á quien contigo pretendiere casarse? — Si amaría, respondió la hermosa Vitoria, cuando yo tuviese intencion de casarme; mas no tengo tal pensamiento; libre nací, y libre me crió Dios, á él quiero solo, y no á otro ninguno. — A Luzmán le trujeron estas palabras las lágrimas á los ojos, acordándose que desta manera habia su señora Arbolea desechado sus ruegos y despreciado sus servicios, y pu-

so á este tiempo los ojos en Esperanza porque mucho se le parecia.

Ella, que mirándole estaba muy contenta de sus palabras y gentileza, como le vió sus lágrimas y que la miraba; creyó que se habia enamorado della, y con disimulacion le dijo: « señor Luzmán, yo y mi hermana una condicion tenemos, y un propósito hemos tenido, mas yo no soy tan desamorada como ella; yo os digo que si ella se quisiese casar que me casase yo, ¿no os parece que me llevo mas á la razon de amor que no ella? — Señora Esperanza, dijo Luzmán, el amor no se paga de palabras, sino de obras; en él no hay fingimiento, que donde está firme firmeza le sobra: así que, el corazon enamorado siempre está sujeto, y él descubre brevemente sus efectos, en especial los ojos. — Bien se ha parecido, dijo Esperanza, que dese amor habeis de estar herido; pues habeis hecho muestra de estarlo, yo os ruego, si se puede decir, nos digais quién es la causa. — Señora, respondió Luzmán, nunca supe mentir, ni la verdad hegne cuando me fué demandada; y así quiero que sepas que yo amé y amo una doncella, y en pago de grandes servicios me despedió de la esperanza; y hágotte saber que de cuantas doncellas he visto en todo lo que he andado ninguna vi que tanto le pareciere como tú: pues acordándome con tu vista de la suya, y que tu nombre es Esperanza, de la que fui despedido, ha hecho el corazon nuevo sentimiento, y á esta causa se habrá visto en mi alguna mudanza. »

Mucho holgaron las dos hermanas de las palabras que Luzmán dijo, y luego el duque vuelto á Luzmán, le dijo: « yo quiero, señor Luzmán, decir un soneto que el otro día hice en alabanza desta mi señora, y á su nombre yo determino de tañer y cantarlo, con condicion que vos, mi buen amigo, digais otra á la señora Esperanza, pues os toca por lo que habeis visto. » Luzmán holgó dello, y respondió: « aunque yo estoy mas para llorar que para cantar ni tañer, haré, señor, vuestro mandado. » Luego el duque mandó traer una vihuela, de que no poco placer recibieron las dos hermanas por oír á Luzmán, que tanto habian oido alabar; y pues tañendo el duque comenzó á decir:

Si sola sois de todas la Vitoria,  
Vitoria merecis por nombre cierto:  
De mí ya la tenéis, pues me habeis muerto,  
Y muerto como soy recibo gloria.  
Oh nuevo vencimiento, alta historia  
Que lleva mi querer á claro puerto!  
Oh victorioso bien que está encubierto  
Debajo de beldad que es tan notoria!  
No piense contra vos tener Cupido  
Poder para os vencer, que es gran locura:  
Mas solo lo hará como atrevido.  
Mas vos, Vitoria mia, estad segura  
Que si él querrá vencer será vencido  
Al tiempo que verá vuestra figura.

Acabando el duque de cantar este soneto, que en extremo lo hacia bien, Luzmán tomó la vihuela, y comenzando á tañer suavemente en ella, dijo los siguientes versos:

¿Qué culpa me darán por bien amaros?  
¿Qué culpa me porán por bien quereros?  
¿Qué culpa recibí triste por veros?  
¿Qué culpa tengo yo por contemplaros?  
Culpado yo no soy por deseáros:  
La culpa debe ser no mereceros,  
Y en desculpa del mal vine á perderos.  
Sin tener esperanza de cobraros.  
Mas ya que la ventura me trujese  
A ser tanto dichoso que os hallase,  
Seria renovar mi perdimiento.  
Porque me forzaria á que tornase  
A ver esta esperanza, y si la viese  
Seria comenzar nuevo tormento.

Con tanto primor y gentileza cantó Luzmán este soneto, que las dos hermanas quedaron en extremo maravilladas, alabándole mucho, tanto que él habia vergüenza, y así les dijo: « mis buenas señoras, no quiero que me alabeis, sino que en pago desta alabanza me hagais merecedor en que yo goce de oiros tañer y cantar alguna cosa. — Vergüenza será muy grande, respondió Vitoria, querer agora mostrar lo que es feo y de poco valor, delante de lo

hermoso y subido. — Mi señora, dijo el duque, no podeis negar al señor Luzmán lo que pide, y sea por nos hacer favor y merced, á aquellos villancicos que soleis cantar las dos con vuestras arpas, diciendo la una y respondiendo la otra. — Bien será, mi señora hermana, dijo Esperanza, que hagamos lo que el señor duque pide; y mas habiendo él cantado y traídonos á que oyésemos al señor Luzmán. — Pues vos lo quereis, dijo Vitoria, sea así; » y luego mandaron traer dos arpas, y tomando cada una la suya, comenzaron á tañer, que en extremo lo sabian hacer; y luego Vitoria comenzó á decir así, respondiéndole su hermana:

|  |  |
|--|--|
| VITORIA.<br>Cuando yo sola me veo<br>En lugar mas apartado,<br>Entonces doy al cuidado<br>Las riendas de su deseo.               | VITORIA.<br>Vistese de humana guerra<br>En esta vida que es viento<br>Quien pone su pensamiento<br>En los bienes de la tierra. |
| ESPERANZA.<br>La discordia es descubierta<br>Y en guerra tan conocida,<br>Lo que concierne la vida<br>La muerte lo desconcierta. | ESPERANZA.<br>Las cosas de su valor<br>Pásase pena en ganarlas,<br>Y á la hora de dejarlas<br>Sientese mayor dolor.            |
| VITORIA.<br>Nadie debe confiar<br>De fortuna y su poder,<br>Que también mata un placer<br>Como á veces un pesar.                 | VITORIA.<br>Pásase la juventud<br>Sin entender que ha pasado,<br>Porque en un tumbó de dado<br>Está la vida y salud.           |
| ESPERANZA.<br>El corazon desamorado<br>No puede tener contento,<br>Y no reina el sufrimiento<br>En corazon desdichado.           | ESPERANZA.<br>Quien pone su confianza<br>En el mundo y sus despojos,<br>En una vuelta de ojos<br>Hallará en todo mudanza.      |
| VITORIA.<br>El que sigue la prudencia<br>Discretamente camina,<br>Que la mejor medicina<br>Es conocer la dolencia.               | VITORIA.<br>El bien que busca el humano<br>En el mundo y sus favores<br>Es manojico de flores<br>Que se secan en la mano.      |
| ESPERANZA.<br>A la fortuna vencida<br>Es esfuerzo y gran cordura,<br>Y la mayor desventura<br>Es dejarse vencer della.           | ESPERANZA.<br>Poco dura el alegría,<br>Porque es fingido su nombre,<br>Luego es maldito el hombre<br>Que del hombre se confia. |

Cantaron estas dos hermanas con tanto primor y gracia estos villancicos, que Luzmán en oirlas quedó maravi-

## LIBRO SÉTIMO.

Con próspero viento yendo la nave en que Luzmán iba, ya cerca de las costas de España, les dió un viento contrario y anduvieron tres días sin poder tomar puerto, y al cuarto día dió con ellos un galeon, que de Constantinopla venia, muy poderoso, el cual iba á la ciudad de Arjel; y como la nave vido el capitán dél, acometiola; y aunque se defendió todo un día, como el galeon viniese mas armado y con mucha gente de guerra, húbola de tomar, y así fué captivo Luzmán y todos los que en la nave venian, siendo algunos muertos y mal heridos. El capitán del galeon luego volvió su camino la vuelta de Arjel, y allí, desembarcado que fué, hizo partes de lo que habian ganado, y repartió los captivos. A Luzmán compró un rico moro, pariente muy cercano del rey, llamado Laudel, y como le viese mozo, preguntóle: « di, cristiano, ¿de qué me podrás mejor servir? ¿Sabes por ventura algun oficio? » Luzmán, que desde que le prendieron habia dado á Dios muchas gracias diciendo: « Señor, yo conozco que por mis pecados y poca fe me han venido estos trabajos, con los cuales te ruego seas servido darme paciencia y entendimiento para salir dellos; » y así agora cuando ese moro le preguntaba qué oficio tenia, en su corazon daba asimismo á Dios muchas gracias, y respondió á Laudel: « yo no tengo ningun oficio, que no lo aprendi; mas servirte he en lo que me mandares, que cualquiera cosa haré poniéndome en ella. » Laudel le pareció bien Luzmán, y mandó que le metiesen en una grande y hermosa huerta que tenia, y que allí sirviese con otros esclavos al hortelano mayor, el cual siempre andaba por la huerta adrezándola y haciendo en ella cosas

llado, y así les dijo: « por cierto, hermosas señoras, que cualquiera que tuviese ventura de oiros, puede decir que oyó lo que oír se puede, y mas la letra que cierto se ha tratado en ella cosas de verdad, tanto cuanto pensar se puede ha sido subido el sujeto de su compostura. — Señor Luzmán, respondió Vitoria, yo y mi hermana hacemos esto por nuestro contentamiento, y no por alcanzar loor, que no nos preciamos dél; mas yo os ruego que el tiempo que aquí estuviéredes os dejeis gozar, pues el oiros á vos es para que nosotras aprendamos. — Así lo haré, dijo Luzmán; pues yo, señora, soy el que gano. — Yo el que pierdo, dijo el duque, mi tiempo sirviendo sin ser agradecido. — Muda la hoja, señor, dijo Esperanza, que mi hermana quiere llevar su nombre adelante, y lo que ella niega con el suyo, otorgo yo con el mio. — No me puedo mudar, dijo el duque, no porque, señora, no conozca el valor y hermosura que en tí está encerrada, mas amor no me da ese lugar. — Con esta tema, dijo Esperanza, pierden muchos el juicio. — Por mas perdido, dijo el duque, me daria muy poco. » Pues así en esta conversacion pasaron hasta que fué hora de volverse á sus posadas, y despedidos de las dos hermanas se fueron. Otras muchas veces vino Luzmán á verlas, muy contento de su honestidad y discrecion; mas en este tiempo hallando una nave que para irse á España se aparejaba, acordó de irse en ella, porque no podia apartar de su memoria aquel sueño que en la cueva de la sabia Cuma habia soñado, acerca de ser casada su señora Arbolea; y esta imaginacion le traia muy triste. Pues besando un día las manos al rey, se despedió dél, que mucho le pesó con su partida, y le rogaba se quedase con él; mas nunca con él pudo. Pues despedido del duque Pompilo y de todos sus amigos, metióse en la nave, y alzando los marineros las velas, se van la vuelta de España. Y aqui da fin este libro sexto.

primas, porque era la mejor que en aquella tierra habia. Luzmán se dió tan buena maña con su grande habilidad y gentil entendimiento, que en menos de un año hacia tales cosas, que el hortelano era tenido en poco; y Laudel se venia á su huerta, y hablaba muchas veces con él y quería mucho, viendo con cuánto artificio trazaba los lugares que eran mas agradables para dar contentamiento, y plantaba y enjeria los árboles maravillosamente. Asimismo por su orden y consejo se hizo un laberinto, en el cual pocos entraban que acertasen á salir; y en medio dél se hizo una fuente, de su juicio trazada, que el rey y todos los mas nobles de la ciudad venian á verla por gran maravilla. Pues con estas cosas, y mas su bondad, Laudel lo estimaba mucho. Este Laudel tenia un solo hijo, llamado Calimán, el cual desde niño se habia criado en la corte del gran turco y en su palacio; era muy gentil hombre y de nobles costumbres. Pues desta manera y en esta vida estuvo Luzmán cinco años cautivo, estando siempre llorando y sospirando cuando solo se veia; bien sabia él que si escribiese á sus padres, que luego le rescatarian, pues eran tan ricos y él heredero de todos sus bienes; mas no podia acabarlo con su corazon, antes estaba determinado de morir allí en servicio de Laudel, que entre aquellos árboles mirando al cielo rogaba á Dios se acordase de su ánima, y aquella vida la tomase por penitencia y desculpa de sus yerros; y con este pensamiento, y conformándose con la voluntad de Dios, estuvo todo este tiempo. Mas nuestro Señor, que en los mayores trabajos y adversidades no se olvida de aquellos que á él se encomiendan, y